

por **MARTA
REBÓN**

Mayo de 1981, Los Ángeles. En el marco de unas jornadas sobre literatura en la emigración, Serguéi Dowlátov (Ufá, 1941-Nueva York, 1990) se dispone a leer su ponencia, titulada *¿Cómo publicar en Occidente?* Ante la plana mayor de la intelectualidad soviética en el exilio, levanta el puño. No es una invitación a cantar la Internacional, sino a resolver una adivinanza: ¿qué esconde ahí, en su mano cerrada? Previendo que no lo adivinarán, responde: «Mis obras. Todo mi legado literario. Más de dos mil páginas de manuscritos

viéticos, especialmente de novelas anglófonas de Faulkner, Hemingway, Chesterton o Salinger. Tras una vida caótica al borde del abismo –léanse *Zona*, *Retiro* o el relato *El libro invisible*–, se sumó a la tercera ola migratoria, con nombres como Brodsky, Aksiónov y Vladímov. Se instaló en Queens, fue redactor jefe del semanario neoyorkino en ruso *Novi amerikánets* [*El nuevo americano*] y el segundo autor en lengua rusa, después de Nabokov, en publicar en *The New Yorker*. Aunque por fin obtuvo reconocimiento como escritor, descubrió que en Estados Unidos la litera-

cute en el simposio] se enredan en un nudo terrible». Tal vez sea *La filial* –título que se refiere a los emigrados como filial de la patria, «la Rusia venidera»– la obra en que la graduación de sentimientos y registros es más heterogénea, de la anécdota cómica y socarrona al recuerdo teñido de nostalgia o la crónica desternillante, de la reflexión existencialista a la irracionalidad –«No importa la situación, una pizca de absurdo nunca está de más»–, del apunte literario a la celebración lírica del detalle, con párrafos que parecen haikus expandidos.

La acción va y viene de Los Ángeles al Leningrado de la juventud en *flashbacks*. En el extranjero desfila un grupo heterogéneo de disidentes que no deja de llevarse la contraria –«compartieron felices las estrechas celdas de la prisión, pero la libertad resultó demasiado ancha para la convivencia»–. Del país natal rememora la camaradería universitaria, el descubrimiento del amor y los primeros desengaños. Dolor y humor, tragedia atravesada por la comedia, como debía ser según Chéjov, el autor a quien quería parecerse Dowlátov, por encima de Pushkin o Gógol.

Es con el humor –«la razón vuelta del revés»–, entiende Dowlátov, como la verdad profunda se abre ante el lector. En la aparente ligereza y jocosidad de *La filial*, con su alegre tintineo de anécdotas, pero también de juegos de palabras, aforismos y giros surrealistas, hay una forma particular de expresar el desgarramiento del exiliado. A fin de cuentas, decía Dowlátov, no se escoge la patria, que no es un lugar, sino todo lo que a uno le ha ocurrido. Por eso, cuando Dolmátov describe hacia el final a Tasia, «mi pasado encarnado», como cruel, egocéntrica, desatenta, desleal o implacable, al igual que lo fue de joven, no puedo evitar pensar que también se refería al sistema que lo empujó a morir en el extranjero, a una edad similar a la de Chéjov. Dos cuentistas (*rasskázchiki*), que no escritores (*pisáteli*), sin novela: los primeros describen cómo vive la gente; los segundos cómo debería vivir. **L**

Fulgencio Pimentel recupera otra pieza del increíble puzzle que es la obra del exiliado ruso **Serguéi Dowlátov**, escritor autoficcional que hizo de la reescritura de su vida la crónica de una época gris

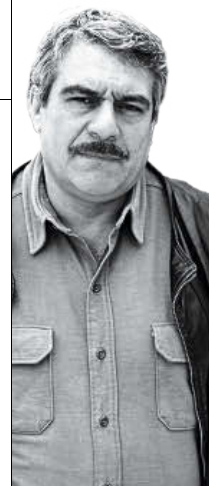
El descarnado humor del exiliado ruso que quería ser Chéjov

inéditos, microfilmados, sacados de Leningrado». Así pasaron, de un bloque a otro, los textos que nunca consiguió publicar en su país, aunque sin entender el motivo, pues no ahondaban en cuestiones políticas. Trataban de lo que conocía bien: de la bohemia de su ciudad, del servicio militar, de artistas soñadores y alcoholizados, del amor a la literatura, de perdedores y bajos fondos.

Dowlátov empezó a escribir durante el Deshielo de Jruschov, ese periodo de distensión en el que circularon traducciones que tuvieron un gran impacto sobre la nueva generación de autores so-

tura no tenía tanto prestigio como en su país.

Dowlátov, narrador de múltiples máscaras, construyó sus autoficciones literarias con todo el material humano a su alcance, él mismo incluido. Dowlátov era quien mejor contaba la verdad con mentiras, y así lo hizo también con el simposio de Los Ángeles en *La filial*, en que su alter ego Dalmátov se cruza con su amor de juventud, la filóloga Tasia (Asia Pekuróvskaja en la vida real, su primera esposa), a quien no ha visto en muchos años. En consecuencia, «el pasado, el presente y el futuro [de eso se dis-



**SERGUÉI
DOWLÁTOV**
LA FILIAL

Traducción de
Tania Mikhelson.
Fulgencio
Pimentel. 256
páginas. 23 €

**DEL ANONIMATO
AL CINE**

“Pensé que estaba escribiendo la historia del corazón humano”, confesó Dowlátov, frustrado por no poder publicar en la URSS. En EEUU editó varios libros y, su amigo Brodsky le abrió las puertas de *The New Yorker*. Pero apenas pudo saborear el éxito: murió a los 49 años, tras un coma etílico, en 1990, sin alcanzar a ver cómo sus obras llegaban por fin a Rusia. Nueva York le dedicó la calle donde vivió. Y en 2018, el director ruso Aleksei Gherman llevó su vida al cine (*Dowlátov*, en Netflix)